

**José Aldazábal**

**GESTOS Y SÍMBOLOS**



**dossiers CPL**  
ed. tonial

## 2. POR UNOS SIGNOS MÁS EXPRESIVOS

La liturgia tendría que distinguirse también por un lenguaje expresivo, no sólo de ideas y palabras y cantos, sino también de lo no verbal.

### **Los cinco sentidos en la liturgia**

Esto no es una invitación a “poner los cinco sentidos”, con atención y esmero, en la liturgia, sino a celebrar una liturgia en la que los cinco sentidos tengan su papel.

Normalmente ponemos especial cuidado en lo referente al *oído*: la proclamación de la Palabra, los cantos, el silencio, las oraciones. Lo auditivo tiene mucha importancia y, sobre todo después de la reforma, se la damos.

Pero tendríamos que atender del mismo modo a lo *visual* de nuestra celebración, la estética del lugar, la expresividad de las posturas y gestos, la pedagogía de los objetos, imágenes y colores.

También lo referente al *tacto* tiene su papel en la liturgia: el contacto con el agua bautismal, la unción, el recibir en la mano o en la boca la comunión, el imponer las manos sobre lo que se bendice o se consagra, el abrazarse o darse la mano en el gesto de la paz...

El *olfato* ha tenido también tradicionalmente su valor pedagógico en la ambientación de la liturgia. El perfume del incienso, el buen olor del crisma o de los óleos que se emplean en las varias unciones, así como el de las flores con que se adorna el altar o el lugar de la celebración, produce

---

una sensación de agrado y expresa el aprecio que sentimos hacia lo que estamos celebrando.

Y finalmente el *gusto* tiene su relieve precisamente en el sacramento central: Cristo quiso dársenos como pan para ser comido y vino para ser bebido.

En nuestra acción litúrgica entra de lleno, pues, la corporeidad, no sólo las palabras y las ideas. Naturalmente que los signos externos no son lo principal: pero tampoco se pueden descuidar. El Concilio definió la liturgia como “el ejercicio del sacerdocio de Jesucristo”: ahí está la clave fundamental y profunda. Pero enseguida añadió que en esta liturgia “los signos sensibles significan y realizan” eso mismo que el sacerdocio de Cristo quiere actualizar cada vez: la santificación del hombre y la glorificación de Dios (SC 7).

### **Los signos centrales de cada sacramento**

En cada celebración sacramental, además de las palabras que expresan el misterio celebrado, tienen un valor educativo innegable los gestos simbólicos que realizamos. Ellos nos ayudan –si los hacemos bien– a entender y a sintonizar mejor con lo que cada sacramento significa y realiza.

Igual que se empobrece la celebración si no se oyen o se entienden las palabras, también se pierde gran parte de expresividad si los gestos no son claros y comunicativos. Si un obispo, al imponer las manos sobre la cabeza de los confirmandos o sobre los que se ordenan de presbíteros, lo hace con solemnidad, con una expresiva lentitud, hace “ver” a todos, por el mismo gesto ritual, el misterio que sucede en el sacramento. El gesto vale por todo un discurso catequético. Y la imposición de manos es un signo que hacemos en todos los sacramentos.

Algunos de los signos heredados de la tradición han sido suprimidos o relativizados: la sal en el Bautismo, la bofetada en la Confirmación, algunos gestos que han parecido superfluos en la Semana Santa. El criterio ha sido: los signos centrales, potenciarlos más; los secundarios, dejarlos

---

---

más libres. Menos signos, pero mejor hechos, de modo que puedan ejercer toda su fuerza pedagógica y expresiva. El misterio del sacramento es siempre difícil y profundo: pero el signo con el que lo expresamos debe ser fácilmente comprensible por el modo mismo en que lo llevamos a cabo.

### **El baño del Bautismo**

El del Bautismo es el primer ejemplo de un signo que corre peligro de desvirtuarse, porque lo hacemos mal. El signo del Bautismo no es el agua. Con el agua se podrían hacer muchas cosas: beber, dar de beber, regar, limpiar. El signo humano que desde el principio fue elegido para significar lo que sucede en el Bautismo cristiano es el *baño en agua*: sumergirse, atravesar, pasar a la otra orilla, entrar y salir. La inmersión, con preferencia a la infusión.

El baño en agua –y no sólo unas gotas que tocan la cabeza– quiere indicar una purificación y renovación total, un volver a nacer a una vida de signo nuevo. Si el gesto lo hacemos con autenticidad, podremos entender bastante más fácilmente la teología de Pablo sobre el Bautismo como inmersión con Cristo en la muerte y resurrección con él a la vida nueva. Por eso el Ritual del Bautismo pone como gesto originario el de la inmersión en el agua, aunque el otro –el de la infusión de agua sobre la cabeza– no lo excluya del todo. Agua limpia, agua templada, agua abundante. Y de alguna manera, la inmersión de cada bautizado en esa agua, mientras las palabras van expresando el misterio de la inmersión bautismal en Cristo.

### **Unción-masaje que impregna y fortalece**

Otro signo sacramental que hemos estilizado hasta el extremo en nuestra práctica es el de la unción: la unción del Bautismo sobre los niños, o de la Confirmación sobre los adolescentes, o de la Unción sobre los enfermos, o de la Ordenación sobre los nuevos presbíteros. Apenas si hay algún parentesco entre el signo humano inspirador y el signo sacramental tal como lo hacemos.

El prototipo de estas unciones es el “masaje” que realizamos con el aceite y

---

sus derivados –a ser posible, perfumados– sobre nuestra piel. Esta unción-masaje la usamos continuamente: como medicina, como práctica deportiva, como preservación y cuidado de la piel, como frescor y perfume. Pues bien, la unción quiere expresar, en el sacramento, la donación del Espíritu sobre esas personas. El Espíritu, al igual que el aceite sobre la piel, impregna, suaviza, cura, da fuerza, mantiene el buen olor de la vida nueva. Pero es una pedagogía que no tiene demasiado punto de apoyo si el gesto es tan pobre, tímido y casi vergonzante como el que solemos hacer.

### **El pan y el vino de la Eucaristía**

Finalmente, en nuestro sacramento central, tenemos dos signos que humanamente tienen un valor innegable: comer pan con otros y beber vino con otros. Con todo lo que estos dos gestos comportan en nuestra vida humana (alimento, solidaridad, alegría, comunión con el que nos invita, fraternidad), han sido asumidos por Cristo para que sean el signo eficaz de su propia donación. Cristo se nos da como verdadera comida y bebida, como el Pan de la Vida y el Vino de la Nueva Alianza, como el Pan-Cuerpo entregado por los demás, como el Vino-Sangre derramado por todos.

La Iglesia de nuestros días ha vuelto a recuperar –aunque con cierta timidez– la autenticidad de estos dos signos.

El nuevo Misal ha indicado claramente, respecto al *pan*, que “la naturaleza misma del signo exige que la materia de la celebración eucarística aparezca verdaderamente como alimento” (IGMR 321). Por su consistencia y color, aunque siga siendo pan ácimo, sin fermentar, el pan de la Eucaristía debería tender a ser más claramente pan.

Además, deberíamos seguir la invitación a usar normalmente las formas grandes, porque la “fracción del pan” es uno de los signos visuales más expresivos de todo lo que la Eucaristía nos quiere comunicar: “el gesto de la fracción del pan manifestará mejor la fuerza del signo de la unidad de todos en un solo pan y de la caridad, por el hecho de que un solo pan se distribuye entre hermanos” (IGMR 321).

Y del mismo modo la recomendación que –ya desde Pío XII– se nos

---

---

hace a consagrar en cada Misa el pan que se va a recibir en la comunión: “de ordinario en cualquier celebración eucarística conságrese para la comunión de los fieles pan recientemente elaborado” (Ritual de la Sagrada Comunión y del Culto, n. 13). “Es muy de desear que los fieles, como el mismo sacerdote tiene que hacer, participen del Cuerpo del Señor con pan consagrado en esa misma Misa” (IGMR 85).

Respecto *al vino*, los obispos españoles, ya en abril de 1971, nos decían que “esta manera de participar –bajo las dos especies– en la Eucaristía es recomendable y se debe promover, previa la oportuna catequesis”: catequesis que se basa en que bebiendo también el Vino se participa más plena y expresivamente en la Muerte sacrificial de Cristo, así como en la alegría de la Nueva Alianza.

### **Gestos pedagógicos, además de válidos**

Todo esto nos quiere recordar que nos hace falta atender a la pedagogía de las acciones y de los gestos en nuestra celebración. Si sólo nos preocupamos de su validez, descuidamos un valor muy propio de la liturgia: la expresividad, dignidad y claridad de los signos. Claro que “en cada una de las especies está Cristo entero”. Eso ya lo sabía también él: y además del pan, nos encargó que bebiéramos el vino. Claro que unas gotas aseguran el efecto del Bautismo. Pero unas gotas no expresan pedagógicamente lo que el Bautismo quiere realizar.

Unos signos bien hechos nos ahorran muchas palabras de catequesis. Nos ayudan a sintonizar con el misterio que celebramos: con la acción que Cristo quiere realizar, cada vez, en sus creyentes.

José A. Pagola escribió una buena reflexión sobre los **gestos vacíos**, que puede muy bien completar la nuestra.

Según los evangelios, una de las citas más queridas de Jesús es esta del profeta Isaías: “Este pueblo me honra con los labios, pero su corazón está lejos de mí”. Estas palabras me suelen recordar casi inevitablemente ese momento en el que el sacerdote, al comienzo de la anáfora eucarística, invita a los fieles diciendo: “Levantemos el corazón”, y los presentes responden: “Lo tenemos

---

levantado hacia el Señor”. ¿Será realmente así? Exteriormente, todos nos ponemos de pie, pero ¿levantamos de verdad nuestro corazón hacia Dios?

En general, los cristianos de Occidente cuidamos poco los gestos litúrgicos y no sabemos vivirlos como expresión viva de nuestra actitud interior. A veces, ni siquiera sospechamos la fuerza que pueden tener para elevar nuestro corazón hacia Dios. Pensemos en esas posturas y gestos sencillos que adoptamos con tanta rutina en muchas celebraciones.

\* *Ponerse de pie* es un gesto que, naturalmente, significa respeto, atención, disponibilidad. Pero es mucho más. Es la actitud más característica del orante cristiano que se siente “resucitado” por Cristo y “levantado” para siempre a la vida.

\* *Ponerse de rodillas* es un gesto de humildad y adoración. Reducimos nuestra estatura y nos hacemos “pequeños” ante Dios. No queremos medirnos con él. Preferimos confiarnos a su bondad de Padre.

\* *Sentarse* es adoptar una actitud de escucha. Somos discípulos que necesitamos acoger la palabra de Dios y aprender a vivir con “sabiduría cristiana”.

\* *Elevar los brazos* con las palmas de las manos abiertas y vueltas hacia arriba es invocar a Dios mostrándole nuestro vacío y nuestra pobreza radical.

\* *Inclinar la cabeza* es aceptar la gracia y la bendición de Dios sobre toda nuestra persona. Dejarnos envolver por su presencia amorosa.

\* *Golpearse el pecho* con la mano es un signo humilde de arrepentimiento que expresa el deseo de romper y ablandar ese corazón nuestro demasiado duro y cerrado a Dios y a los hermanos.

\* *Darse el gesto de la paz* mirándonos al rostro y estrechando nuestras manos es acoger al hermano y despertar en nosotros el amor fraterno y la solidaridad antes de compartir la misma mesa del Señor.

\* *Hacer el signo de la cruz* es expresar nuestra condición cristiana, aceptar sobre nosotros la cruz de Cristo y consagrar nuestros pensamientos, nuestras palabras y nuestros deseos a ese Dios que es nuestro Padre y hacia el cual caminamos siguiendo al Hijo movidos por el Espíritu.

---